

POR RICARDO RUIZ DE LA SERNA

35 AÑOS DEL “DIVORCIO DE TERCIOPELO”



Se cumplen 35 años del llamado «Divorcio de terciopelo», la disolución de Checoslovaquia por vías democráticas y pacíficas después de la caída del Muro de Berlín (1989) y el colapso de las llamadas «democracias populares» en Europa Central y Oriental. En realidad, de ahí viene el nombre: a la Revolución de Terciopelo que puso fin al gobierno comunista de Gustáv Husák y llevó al poder a Václav Havel le sucedió un divorcio homónimo que puso fin al Estado nacido en 1918 sobre las cenizas de la Gran Guerra.

El proceso de transición a la democracia estuvo pilotado por la figura señera de Havel. Nacido en Praga en 1936, atravesó los años más oscuros de la dictadura comunista. Firmante y portavoz de la Carta 77, uno de los textos más decisivos de la oposición anticomunista en los países del bloque oriental, fue acusado de traidor, interrogado y encarcelado. Durante su encierro, por cierto, publicaría su famosísimo ensayo «El poder de los sin poder», que en español publicó Ediciones Encuentro en 2013. En noviembre de 1989, ya con un régimen que se resquebrajaba, Havel emergió desde el Foro Cívico como el líder que podría conducir al país a la democracia. En su primer discurso como presidente, el 1º de enero de 1990, hacía un triste diagnóstico del estado del país centroeuropeo: «Nuestro país no está prosperando. El enorme potencial creativo y espiritual de nuestras naciones no está siendo usado con prudencia. Ramas industriales enteras produciendo bienes que ya no le interesan a nadie mientras carecemos de lo que necesitamos».

Caído el régimen comunista se presentaban dos opciones: mantener la federación, incluso fortalecida, o disolverla y que cada Estado siguiese su camino. Havel abogó por lo primero, pero se terminó imponiendo lo segundo. Él sería el último presidente de Checoslovaquia y el primero de la República Checa. Ocupó el sillón presidencial diez años (1993-2003). Sin embargo, el tiempo del divorcio tiene dos protagonistas por derecho propio: Václav Klaus (1941) y Vladimír Mečiar (1942). Klaus fue último primer ministro de la República Checa en Checoslovaquia y el primero de la República Checa independiente. Mečiar tuvo un destino parecido: último primer ministro de la República Socialista Eslovaca. Entre los dos, condujeron a Checoslovaquia a una disolución pacífica y ordenada.

El primer paso lo dieron los eslovacos aprobando el 17 de julio de 1992 la Declaración de Independencia de la República Eslovaca. En agosto Klaus y Mečiar anunciaron que Checoslovaquia se disolvería el 1 de enero de 1993. El 25 de noviembre el parlamento federal de Checoslovaquia aprobó una ley federal que declaraba inexistente el Estado desde el 31 de diciembre de 1992. Así se suicidó Checoslovaquia: sin violencia, sin estruendo y por derecho.

No faltaron problemas. Hubo que dividir el patrimonio público entre los dos Estados, lo que se realizó a partir de la población de cada república. Dos tercios de los activos de la federación fueron para la República Checa y uno para Eslovaquia. Cada país adoptó su respectiva corona como moneda nacional. Las relaciones económicas se resintieron en 1993 -Eslovaquia comenzó con un PIB inferior al de Chequia- pero fueron remontando hasta hoy. Es posible la doble nacionalidad, pero pocos la tienen. Los dos pueblos se separaron, pero mantienen una relación cordial. Fue un divorcio ejemplar que contrasta con otros procesos históricos -la Revolución Rumana de 1989 o la destrucción de Yugoslavia- caracterizados por el desorden y la violencia.